Nr. 41

Corazones Marianos

Revista semanal de los jóvenes,
que consagrados a la Virgen María,
nuestra Madre, quieren amar a Jesús.

Segunda semana de diciembre 2012, realizado por Familia de María, Cno de las Holandesas s/n, Florida, cm@misionbelen.

El tiempo de Adviento particularmente pertenece a la Virgen María, no solamente porque en todos estos días estamos meditando a la Sagrada Familia cómo se prepara para el nacimiento del Niño Jesús, sino también porque celebramos unas fiestas muy particulares en honor de nuestra Madre – la Inmaculada Concepción y la Virgen de Guadalupe, patrona de las Américas. Quedémonos un rato ahora con nuestra Madre como se nos apareció en México, porque es nuestra Patrona, pero también porque es seguramente la aparición más tierna, más maternal de todas las apariciones de la Virgen en la historia cristiana. Es interesante cómo la Virgen siempre elige a los sencillos, pequeños, para ser sus mensajeros, como en este caso al pobre indio Juan Diego. (Y nosotros siempre pensamos que tenemos que ser grandes, que tenemos que significar algo para poder hacer el bien o ser buenos discípulos de Jesús...) Este misterio de la humildad que Dios está usando siempre de nuevo puede tener varias razones. Una seguramente es que quiere dejar bien claro que es Él quien habla, quien nos guía y protege. No porque sería celoso o quisiera ser protagonista, sino porque como un buen Padre, conociendo a Sus hijos, sabe lo rápido que somos en desviarnos, en empezar a confiar en nosotros mismos, y a pensar que sin la preocupación nuestra las cosas no van a funcionar – y entonces de a poco alejándonos de su protección paternal. La aparición de Guadalupe nos habla sobre todo esto. Hasta Juan Diego, conociendo a esta Señora hermosa, su Niña, la más pequeña de sus hijas, como él mismo la llama, tuvo que aprender que quien confía en Dios, no se tiene que preocupar de ninguna otra cosa. En una forma tan sencilla, casi grotesca, se desvió del cami-

no para no encontrarse con la Virgen, porque tenía que ir a buscar al sacerdote para su tío que estaba muriéndose. La Virgen, como una buena Madre, no lo reta, sino que le explica algo que nos sirve de enseñanza a todos nosotros:

"Oye y ten entendido hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. No estoy yo aquí? No soy tu Madre? No estás bajo mi sombra? No soy yo tu salud? No estás por ventura en mi regazo? Qué más te falta? No te apene ni te inquiete otra cosa; no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella; está seguro de que sanó."

Esta Madre tan tierna es la Madre de todos nosotros, y nosotros nos seguimos afligiendo y asustando de tantas cosas. Ojalá pudiéramos aprender a confiar siempre más en Ella, ojalá las situaciones, los milagros que presenciamos todos los días, los milagros de su protección, sirvan para que nos demos cuenta de este gran amor! Dios mismo le confió a Su propio Hijo. ¿Y nosotros, no nos atrevemos a hacer lo mismo?

"Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Ten por seguro que te lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato hijo mío el más pequeño, anda y pon todo tu esfuerzo."

Nosotros también somos llamados para difundir este gran amor de nuestra Madre en todo este mundo, a través de nuestra propia consagración y de una forma particular con la Obra mundial de la Madre de todos los Pueblos. Ella recompensará también nuestro esfuerzo, nuestra fatiga, con la felicidad de poder pertenecer entre sus hijos.

Corazones Marianos, que en nuestro corazón arda siempre el deseo de que nuestra Madre sea más conocida y más amada. Dejémonos guiar por Ella, siguiendo sus consejos, su plan pastoral, y vamos a experimentar no solamente su recompensa para nosotros, sino el milagro prometido, un nuevo tiempo de paz y felicidad. Que este tiempo de adviento sea para nosotros un tiempo vivido con Ella y para Ella. Porque de esta forma podrá nacer nuevamente el Niño Jesús en este mundo. Amigos, una feliz semana para todos ustedes!

cm@misionbelen.com

Conociendo a los santos...

Juan Diego

El próximo 9 de diciembre es la fiesta de un querido santo mexicano, conocido en toda américa, y en todo el mundo, ya que tuvo la gracia de recibir la visita de la Reina del Cielo, nuestra Madre María, la Virgen de Guadalupe... Hoy conoceremos a **San Juan Diego,** «el confidente de la dulce Señora del Tepeyac» como lo llamó el Beato Juan Pablo II, y de esta manera nos prepararemos lo mejor posible para las próximas fiestas marianas: La solemnidad de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre) y Nuestra Señora de Guadalupe (12 de diciembre). Buena lectura y un muy feliz día a P. Juan, ya que Juan Diego es su santo protector.

Juan Diego nació en 1474 en Cuauhtitlán, entonces reino de Texcoco, perteneciente a la etnia de los chichimecas. Se llamaba Cuauhtlatoatzin, que en su lengua materna significaba «Águila que habla». Ya adulto, atraído por la doctrina de los Franciscanos llegados a México en 1524, recibió el bautismo junto con su esposa María Lucía. Celebrado el matrimonio cristiano, vivió castamente hasta la muerte de su esposa. Hombre de fe, fue coherente con sus obligaciones bautismales, nutriendo regularmente su unión con Dios mediante la eucaristía y el estudio del catecismo. El 9 de diciembre de 1531, en un lugar denominado Tepeyac, tuvo una aparición de María Santísima, que se le presentó como «la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios». Cuando la vio, se maravilló mucho de su sobrehumana grandeza: su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores, semejaba una ajorca de piedras preciosas; y relumbraba la tierra como el arco iris. Se inclinó delante de ella y oyó su palabra. "Juanito, el más pequeño de mis hijos, dónde vas?". El respondió: "Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de México Tlatilolco, a seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor". Ella luego le habló y le descubrió su santa voluntad. Le dijo: "Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive: del Creador cabe quien está todo: Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues

yo soy vuestra piadosa madre, a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores." Juan Diego contestó: "Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo." La Virgen le encargó que en su nombre pidiese al Obispo Juan de Zumárraga, la construcción de una iglesia en el lugar de la aparición. Y como el Obispo no aceptase la idea, la Virgen le pidió que insistiese. Al día siguiente, domingo, Juan Diego volvió a encontrar al Prelado, quien lo examinó en la doctrina cristiana y le pidió pruebas objetivas en confirmación del prodigio. El 12 de diciembre, martes, mientras Juan Diego se dirigía de nuevo a la Ciudad, la Virgen se le volvió a presentar y le consoló, invitándole a subir hasta la cima de la colina de Tepeyac para recoger flores y traérselas a ella. No obstante la fría estación invernal y la aridez del lugar, Juan Diego encontró unas flores muy hermosas. Una vez recogidas las colocó en su «tilma» y se las llevó a la Virgen, que le mandó presentarlas al Sr. Obispo como prueba de veracidad. Se presentó entonces en el palacio, y avisaron al Obispo que pretendía verle el indiecito que tantas veces había venido; Luego que Juan Diego entró, se humilló delante de él, así como antes lo hiciera, y contó de nuevo todo lo que había visto y admirado, y también su mensaje. Juan Diego le dijo: "Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder creerme que le has de hacer el templo donde ella te pide que lo erijas; y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba, que me en-

cargaste, de su voluntad. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría; y al punto lo cumplió; me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes ya la viera, a que fuese a cortar varias flores. Después que fui a cortarlas las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo, para que te las trajera y a ti en persona te las diera. Aquí están, recíbelas." Una vez ante el obispo, abrió su tilma y dejó caer las flores, mientras en el tejido apareció inexplicablemente impresa la imagen de la Virgen de Guadalupe. Luego que la vio el señor Obispo, él y todos los que allí estaban, se arrodillaron. El señor Obispo con lágrimas de tristeza oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato. Cuando se puso de pie desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del Cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Un día más permaneció Juan Diego en la casa del Obispo. Al día siguiente le dijo: "Ea, a mostrar dónde es voluntad de la Señora del Cielo que le erijan su templo." Inme-

cm@misionbelen.com

diatamente se invitó a todos para hacerlo. Y desde aquel momento, esta imagen fue objeto de una devoción que se convirtió en el corazón espiritual de la Iglesia en México. Tras el prodigio, y movido por una tierna y profunda devoción a la Madre de Dios, Juan Diego dejó los suyos, la casa, los bienes y su tierra y, con el permiso del Obispo, pasó a vivir en una pobre casa junto al templo de la «Señora del Cielo». Tenía una preocupación Juan Diego, y esa era su tío Juan Bernardino, quien estaba muy grave cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar un sacerdote que fuera a confesarle y disponerle, hasta que la Señora del Cielo le dijo que no se preocupara más, pues ya había sanado. Manifestó luego su tío ser cierto que la Virgen le sanó, y que la vio del mismo modo en que se aparecía a su sobrino; sabiendo por Ella que le había enviado a México a ver al Obispo. Trajeron luego a Juan Bernardino en presencia del señor obispo para que le informara y atestiguara delante de él. A ambos, a él y a su sobrino, los hospedó el Obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el templo de la Reina en el Tepeyacac, donde la vio Juan Diego. El señor Obispo trasladó a la Iglesia Mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo: la sacó del oratorio de su palacio donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen. Juan Diego tenía 57 años en el momento de las apariciones, ciertamente una edad avanzada en un lugar y época, donde la expectativa de vida masculina apenas sobrepasaba los 40 años. Se ocupaba de la limpieza de la capilla y la acogida de los peregrinos que visitaban el templo, hoy transformado en esa grandiosa Basílica, símbolo elocuente de la devoción mariana de los mexicanos a la Virgen de Guadalupe. En espíritu de pobreza y de vida humilde, Juan Diego recorrió el camino de la santidad, dedicando mucho de su tiempo a la oración, a la contemplación y a la penitencia. Dócil a la autoridad eclesiástica, tres veces por semana recibía la Santísima Eucaristía. Como laico fiel a la gracia divina, gozó de tan alta estima entre sus contemporáneos, que éstos acostumbraban decir a sus hijos: «Que Dios os haga como Juan Diego». Murió el 30 de mayo de 1548, a la edad de 74 años. Juan Diego fue beatificado en abril de 1990 por el Papa Juan Pablo II y proclamado santo el 31 de Julio de 2002. Su memoria, siempre unida al hecho de la aparición de la Virgen de Guadalupe, ha atravesado los siglos, alcanzando la entera América, Europa y Asia. Su fiesta la fijó el mismo Santo Padre el 9 de diciembre porque ese "fue el día en que vio el Paraíso" (día de la primera aparición).

San Juan Diego, ruega por nosotros.

Guadalupe

La fiesta de la Virgen se celebra el 12 de diciembre. La noche del día anterior, las iglesias en todo lo ancho y largo del país se colman de fieles para celebrar una fiesta a la que llaman «las mañanitas a la Guadalupana» o serenata a la Virgen. El santuario de Guadalupe, ubicado en el cerro del Tepeyac en la ciudad de México, es visitado ese día por más de 5 millones de personas.

Se tiene por costumbre que tales peregrinaciones no solo incluyan fieles y organizadores, sino danzantes llamados matlachines, quienes lideran las procesiones hasta llegar a la basílica.

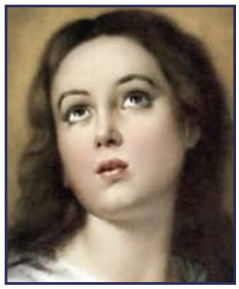
La iglesia actual fue construida en el sitio de la previa iglesia del siglo 16, que fue terminada en 1709, ahora conocida como la vieja Basílica. Cuando esta antigua Basílica se volvió riesgosa debido al hundimiento de sus cimientos, una moderna estructura llamada la nueva Basílica fue construida en su cercanía. La imagen original de la Virgen de Guadalupe se encuentra ahora alojada en esta nueva Basílica.

Construida entre 1974 y 1976, la nueva Basílica tiene un diseño circular de forma que la Imagen puede ser vista desde cualquier punto de la iglesia. La estructura circular tiene 100 metros de diámetro, y puede acomodar hasta 50.000 fieles. El coro esta ubicado entre el altar y los fieles para indicar que él también es parte de ellos. A los costados se encuentran las capillas del Santísimo y de San José. En el piso superior hay otras 9 capillas. Bajo la planta principal se encuentra la cripta con 15.000 nichos y 10 capillas. Sus siete puertas en el frente son una referencia a las siete puertas de Jerusalén a las que se refirió Cristo.

En los terrenos del Santuario se encuentran varios otros edificios e iglesias, incluyendo la Capilla del Cerrito, en el lugar exacto donde Nuestra Madre apareciera a Juan Diego. También varias otras iglesias y capillas donde la Santa Misa es celebrada diariamente.

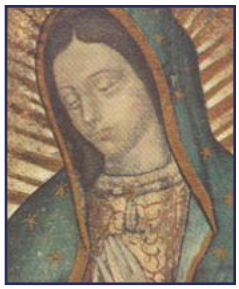
cm@misionbelen.com

La Basílica, al igual que las otras capillas del santuario, son el centro de continua y ferviente actividad religiosa:
- Al menos 30 misas son celebradas cada día del año.
- En el altar mayor de la Basílica se celebran misas continuadas cada hora desde las 6 de la mañana hasta las 9 de la noche, todos los días del año. Otras 8 misas extra diariamente se celebran en paralelo en la Basílica en su capilla de San José, y en la cripta.
- Misas son celebradas cada día también en la Capilla del Cerrito, Capilla del Pocito, Parroquia de Capuchinas y la Parroquia de Indios.
- Confesiones son escuchadas todos los días del año, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde.
- Cientos de bautismos son realizados cada semana. Matrimonios, Primera comunión y confirmaciones se celebran también regularmente.



8.12. Inmaculada Concepción, solemnidad

9.12. San Juan Diego, visionero de Guadalupe



12.12. La Virgen de Guadalupe, Patrona de las Américas

14.12. San Juan de la Cruz, presbítero

Lucía González, 12 de diciembre cumple 23 años.
Para felicitarla: 098267639, lu_islademayo@hotmail.com

Queridos amigos, Corazones Marianos!! Ya transcurrió la primer semana de este lindo tiempo de preparación! ¿Cómo la hemos vivido? ¿Qué tan próximos al corazón de nuestra amada Madre nos hemos quedado? A través de la lectura de estas queridas páginas, seguramente hemos podido sentir en nuestro corazón cuánto nuestra Madre desea ayudarnos y entregarnos Su Amor maternal. No pidiéndonos grandes signos, o exigiéndonos que hagamos cosas desde nuestras capacidades, sino todo lo contrario. Ella nos reconoce en nuestra sencillez, en nuestras debilidades, y hasta en nuestras inseguridades y nuestros miedos. Y así, como a unos pequeños niñitos nos llama, y desea tanto que nosotros le aceptemos como nuestra Madre. Sólo así, siendo los más pequeños, Ella podrá tomarnos en sus brazos y llevarnos junto al Niño Jesús, allí donde no necesitaríamos más nada, porque el Amor tan inmenso que surge de la unidad de los Corazones de Jesús y nuestra Madre nos bastaría para llenarnos de paz y felicidad. No dejemos que estas semanas continúen transcurriendo sin detenernos por un momento, respirar profundo, cerrar nuestros ojos, y pedirle a nuestra Madre que llene nuestros corazones y los convierta con Su Amor. Somos los corazones marianos, entonces intentemos cada día más vivirlo así, como unos niños que no podrían nada sin la ayuda de su Madre! Y claro, en la medida en que podamos, participemos el sábado de la fiesta de nuestra Madre, y como cada domingo recibamos a Jesús en la Eucaristía. Hasta pronto!!

cm@misionbelen.com